

Friedrich Dürrenmatt¹. La historia de mis materiales

Traducción de: Dr. Luis César Santiesteban Baca
lsanties@uach.mx

Nací el 5 de enero de 1921 en Konolfingen (cantón de Berna). Mi padre era cura; mi abuelo, por la línea paterna, era político y poeta en un pueblo llamado Herzogenbuchsee. Él redactaba para cada número de su periódico un poema. Para tal poema debía pasar diez días de enclaustramiento. "Consagro diez días para diez estrofas", escribiría luego acerca de ello. Tal honor no se me ha concedido hasta ahora. Quizás es algo que depende de mí, quizás es el tiempo que se ha deteriorado tanto, que ya ni siquiera se siente ofendido que se le trate con tanta severidad. Mi madre (a la que me parezco físicamente) proviene de un pueblo muy lindo cerca de las montañas. Su padre era alcalde del municipio y patriarca. El pueblo en quenací y crecí no es bonito, un conglomerado de edificios pueblerinos y ciudadanos; sin embargo, los pequeños pueblos que lo rodean y que pertenecen al municipio de mi padre, eran auténticamente suizos, como lo hubiera afirmado Jeremías Gotthelf. Es una región en la que la leche es lo más importante, la cual es traída por los campesinos en ollas enormes después de hervirla en una gran lechería que se encuentra en el centro del pueblo. En Konolfingen tuve también mis primeras impresiones artísticas. Mi hermana y yo fuimos pintados por el pintor del pueblo. Yo pintaba y dibujaba durante horas enteras en el taller del maestro. Los motivos: diluvios y batallas. Era un niño belicoso. A los seis años corría a menudo por el jardín, armado con una vara, con una tapadera de sartén como escudo, para finalmente, exhausto, declarar a mi madre que los austríacos habían sido cazados en el jardín. Por la manera en que mis gestas guerreras se plasmaron en el papel, que cubría la paciente superficie, y ante lo cruel que se tomaron las batallas, angustiada se dirigió mi madre al pintor Cuno Amiet, quien contempló calladamente las sanguinarias hojas para juzgar con llaneza: "será coronel". El maestro se equivocó en este caso: llegué a ser solamente asistente de socorro en el ejército suizo y, en la vida, sólo escritor. Los sucesivos caminos y extravíos que me condujeron a ello, no voy a describirlos aquí. Sin embargo, del mundo de mi infancia

¹ Friedrich Dürrenmatt es uno de los dramaturgos europeos más interesantes de la segunda mitad del siglo XX. Su producción ensayística oscila entre la literatura y la filosofía. En México se le conoce más por sus novelas: El juez y su verdugo (1952), Griego busca griego (1955), La promesa (1958), Justicia (1985) y El encargo (1986).

rescaté cosas muy importantes para mi ocupación actual: no sólo las primeras impresiones, no sólo el modelo para mi mundo actual, también el método mismo de mi arte. Del mismo modo que en el taller del artista del pueblo se me apareció la pintura como una artesanía, como un manejo del pincel, carbón y pluma, etc., se me ha vuelto la escritura una ocupación y un experimentar con diversos materiales. Me ocupo del teatro, de la radio, novela y televisión, y sé por mi abuelo, que escribir puede ser una forma de lucha.

La historia de mis escritos es la historia de mis materiales, la que no consta sino de impresiones transformadas. Uno escribe como un hombre completo, no como literato o acaso como gramático, todo está relacionado; debido a que todo es puesto en relación, puede volverse todo tan importante, determinante, inusitado. Las estrellas son constelaciones de materias interestelares, la escritura, concentración de impresiones. Ningún subterfugio es posible. Uno tiene que declararse producto de su medio ambiente, sin embargo, las impresiones decisivas se graban en la juventud; subsistió el horror que se apoderó de mí, cuando el verdulero en su tiendita, abajo de la sala de teatro, partió un repollo con su brazo sin mano.

Tales impresiones nos moldean, lo que viene después se encuentra con lo ya preexistente, se elabora según eso un esquema predeterminado, que se incorpora a lo ya existente, y los relatos que uno escuchó de niño son más decisivos que las influencias literarias. Retrospectivamente se nos hace claro. No soy ningún escritor de pueblo, pero el pueblo me engendró, y de esa manera soy aún un pueblerino con una manera de hablar pausada, no soy un ciudadano, por lo menos no un gran ciudadano, aun cuando ya no puedo vivir en un pueblo.

El pueblo comenzaba propiamente donde se cruzan las calles Bema, Lucema y Burgdorf Thun, en un altiplano, al pie de una colina y no lejos del patibulario, donde en otro tiempo fueron enviados los asesinos y agitadores. A lo largo del llano corre un arroyo, y los pueblitos de campesinos y las aldeas necesitaban un centro, los aristócratas de los alrededores habían empobrecido, sus sedes se convirtieron en asilos de ancianos o centros de recuperación. Primero había en el cruce tan sólo una taberna, luego abrieron enfrente una herrería, más tarde reservaron lugar para la sala de teatro, pues hay que decir que el pueblo

dio a conocer a un dramaturgo, el profesor Gribi, cuyas piezas fueron puestas en escena por la asociación de teatro de la región. A lo largo de la calle Thun se establecieron el impresor, el comerciante de textiles, el carnicero, el panadero y la escuela - cuyos chavales me golpeaban camino a ella-, mientras la parroquia, la iglesia, el panteón y la caja de ahorros se establecieron en una pequeña colina entre las calles Thun y Berna.

Pero sólo la gran empresa de leche, la Stalden AG, erigida en la escarpada calle Burgdorf, hizo del pueblo un centro provincial. La leche de los alrededores se remolcaba en pesados camiones, que nosotros, cuando más tarde tuvimos que ir a la secundaria, esperábamos en grupo para colgarnos de ellos y poder ser remolcados con nuestras bicicletas, llenos de miedo, aunque no de la policía, pues todos sentían que podían con el gordo policía del pueblo, sino del profesor de francés, al que llamábamos Baggel², y ante cuyas clases temblábamos de miedo, pues era un tipo malvado que nos golpeaba, nos jalaba de los cabellos y nos cogía de la nariz, nos obligaba también a estrechar las manos uno con el otro: Buenos días, sabio europeo. Y agarrados de la mano detrás del ruidoso camión con las danzantes ollas de leche, nos imaginábamos al profesor como una montaña enorme, que teníamos que eliminar con grotescas denominaciones de lugares a las que correspondían zonas difíciles de escalar.

Pero eso fue poco antes de que me trasladara a la ciudad. La estación ocupa un lugar más importante entre mis recuerdos que la lechería con su alta chimenea, que era el monumento más característico del pueblo, aún por encima de la torre de la iglesia. Con razón se le llamaba estación, porque era un centro ferroviario, y la gente estaba orgullosa de ello: sólo pocos trenes pasaban bramando sin pararse hacia la lejana Lucerna, hacia la cercana Berna, sentado en un banco enfrente del edificio de la estación les aguardé a menudo con una mezcla de nostalgia y horror, pues echaban vapor al pasar.

Pero los recuerdos se remontan más atrás, al paso subterráneo, gracias al cual podíamos atravesar la calle Burgdorf, desde la cual se salía directamente a una escalera que daba a la estación. Se me aparece como una cueva en la que había caído a los tres años de edad, pudiendo escapar de esa manera de la casa al pueblo, al final de la cueva había luz, a través de la cual crecían las sombras de los autos y carruajes, pero ya no importaba a donde

² En el dialecto del sur de Alemania, así como en los de Suiza de Austria esta palabra significa tonto.

quería ir exactamente, pues a través del paso subterráneo salía uno no solo a la lechería y a la estación. La gente de clase acomodada se había establecido también en el tajo de Ballenbühls, como lo hicieron mi madrina (que era la esposa del médico del pueblo, a cuya consideración tuve que someter más tarde mis nunca satisfactorias notas escolares), el presidente de la comunidad eclesiástica y además el dentista y el técnico dentista, quienes tenían a su cargo el instituto de odontología, que aún hoy maltrata a buena parte del país y ha hecho famoso el lugar. Los dos poseían automóviles y eran ya por eso privilegiados, y por las noches derrochaban el dinero ganado en los empastes, confección de dentaduras, extracción de dientes, etc.

El técnico dentista era chaparro y gordo, interesado por las cuestiones de salud del pueblo, mandó elaborar un pan de pueblo ante el que uno se sobrecogía de horror, sin embargo, el dentista era un hombre de estado, además de suizo romántico y un buen nuevo rico. Era tenido por el hombre más rico del pueblo, aunque esta creencia habría de revelarse más tarde como un trágico equívoco. Pero seguro que era el más piadoso, hablaba de Cristo aun al taladrar, como si fuera miembro de una secta extremista, y era igualado en fervor sólo por una flaca mujer de edad difícil de determinar, que se vestía muy seguido de negro y para quien los ángeles descienden; aun a la hora de ordeñar leía la Biblia, y a quien yo tenía que llevar por las noches a los buhoneros y vagabundos para que pernoctaran en la parroquia, pues mis padres eran parroquianos y no rechazaban a nadie y convidaban a comer a quien quisiera, como ocurrió con los hijos de un empresario de circo, que visitaba cada año el pueblo. Una vez acudió también un negro, era de un negro subido y se sentó a la mesa junto a mi padre y comió arroz con salsa de tomate. Se trataba de un convertido, más yo le temía a pesar de eso. Después de todo, las conversiones eran una cosa común en los pueblos. Se llevaban a cabo misiones en caravana, el ejército de salvación apretaba filas, se formaban sectas, los evangelistas predicaban, pero el más famoso a este respecto fue el lugar en que los mahometanos realizaban su misión, se trataba de un chalet feudal en lo alto del pueblo. Ellos publicaron un mapamundi en el que el lugar a buscar en el pueblo era un postin misionario que le daba a uno la ilusión de sentirse, por un momento, en el centro del mundo no en un pueblucho suizo. La expresión no es exagerada.

El pueblo era feo, un conglomerado de edificios al estilo pequeño burgués, como los que encuentra uno por doquier en el mediterráneo; sin embargo, los pueblos adyacentes eran

lindos, con sus grandes tejados y los estercoleros cuidadosamente apilados, con los oscuros abetos alrededor, y el llano pleno de aventura con el acre trébol en el prado y los enormes campos de trigo, en los que nosotros hacíamos nuestras travesuras.

Aún más misteriosos eran los oscuros pasillos de heno que los campesinos habían apilado en sus eras; por horas enteras nos arrastrábamos en la cálida y polvorienta oscuridad y acechábamos a la salida del establo, donde estaban las vacas en largas hileras.

Pero el lugar más inquietante para mí era el desván sin ventanas en casa de mis padres. Estaba lleno de viejas revistas y libros que resplandecían blanquecinos en la oscuridad. También me asusté una vez en el lavadero, pues ahí yacía un animal, quizás una salamandra, mientras el panteón lo veía sin horror. En el panteón jugábamos con frecuencia a las escondidas; una vez me instalé en una tumba abierta hasta que el cortejo fúnebre que se aproximaba, anunciado por un repique de campanas, me expulsó del sitio.

No sólo estábamos familiarizados con la muerte, sino también con los muertos. El pueblo no conoce ningún misterio, y el hombre es una fiera a veces con rasgos humanos, mismos que desaparecen en el carnicero. Nosotros veíamos a menudo cómo eran sacrificados los animales, cómo salía disparada la sangre de aquellas enormes bestias, cómo morían y cómo eran descuartizadas. Nosotros, apenas unos niños, veíamos esto durante un cuarto de hora, media hora, y luego seguíamos jugando con la pelota en la acera.

Mas eso no basta. Un pueblo no es el mundo. Pueden ocurrir destino, tragedias y comedias, mas el pueblo es determinado por el mundo, se le deja tranquilo, olvidado o se le aniquila, y no a la inversa. El pueblo es un punto cualquiera en la totalidad del mundo, casual, intercambiable. El mundo es más grande que el pueblo. Por entre los bosques se encuentran las estrellas. Yo entré en contacto con ellas muy pronto y dibujé sus constelaciones: la inamovible Estrella Polar, la Osa Mayor y la Osa Menor, con el dragón entre ambas; conocí la clara Vega, el brillante Arturo, el cercano Sirio, ellejano Cisne, el enorme Sol. Yo sabía que el pueblo forma parte de la tierra y la tierra del sistema solar, que el sol se mueve con sus planetas en el centro de la vía láctea en dirección hacia Hércules, y percibía que, justamente, la aún a simple vista reconocible bruma de Andrómeda es una vía láctea como la nuestra.

Nunca fui un Ptolomeo. Desde el pueblo conocí los alrededores, más allá de la ciudad, un lugar de veraneo cerca de las montañas, además de algunos kilómetros que separaban de

la escuela, eso fue todo. Pero yendo hacia arriba se construía un andamio de distancias gigantescas, y así fue también con el tiempo: lo lejano influía más que lo inmediato.

Lo inmediato sólo era percibido en cuanto podía penetrar en lo asible, como la vida real del pueblo; ya la política del pueblo era demasiado abstracta, y aún más abstracta la política del país, las crisis sociales, los desplomamientos bancarios, en los que los padres perdían su patrimonio, los afanes por la paz, el surgimiento del nazismo, todo tan indeterminado, tan sin forma, pero el diluvio, eso sí era concebible, era un acontecimiento plástico. La ira de Dios que deja correr el agua, vuelca todo el océano sobre la humanidad, que ahora nada; luego el valiente David, el presuntuoso Goliat, la aventura de Hércules y la de todos los hombres poderosos que han habido, la guerra de Troya, los tenebrosos Nibelungos, el radiante Dietrich de Berna, los intrépidos helvecios, todo obrando de común acuerdo, el seno materno del pueblo y el mundo salvaje de afuera, de la historia y de las sagas, que eran igualmente reales, pero también las infinitas configuraciones del universo, a través de un espectral Dios amoroso, al que se adora y al que había que pedir perdón, pero del cual se debía esperar también lo bueno, lo ansiado y lo deseado como de un enigmático tío lejano detrás de las nubes.

El bien y el mal estaban determinados, uno estaba en un constante examen, para cada acto había en cierto modo un examen con notas, y por eso era la escuela tan amarga: proseguía el sistema celestial en la tierra y para los niños, los adultos eran semidioses. El mundo de la experiencia era exiguo, un pueblo tonto, no más; el mundo de la tradición era violento, naufragando en un enigmático cosmos, penetrado por un salvaje mundo de fábula, de héroes que luchaban por superar la nada. Uno tenía que aceptar este mundo inerme y desnudo.

Tomado de *Über Friedrich Dürrenmatt*, Diogenes, Zürich 1990, pp. 19-2.). La traducción del texto de Dürrenmatt apareció publicado por primera vez en la Revista AZAR, No. 20, septiembre de 1996. Esta segunda traducción fue actualizada por el mismo autor para *Leteo: Revista de Investigación y Producción en Humanidades*